

En el nombre de mi Padre bendito, yo saludo a mis hermanos amadísimos y les pido perdón por interrumpir así de esta manera en algo tan grandioso, pero que en esta ocasión se me es permitiendo por gracia y misericordia de ese Padre bendito, el venir a expresarles cuánto es el amor que alberga mi corazón para vosotros, que a pesar de ser participantes de todas las debilidades humanas y lo que ello conlleva, no cejáis en vuestro empeño de hacer llegar la palabra de mi Padre a cuantos desean escucharla y aun a través de aquellos audífonos cerrados ahora por su realidad, a cuanto significa su grandeza, pero que día llegará, que audientes esos espíritus se acerquen a implorar de esa savia bendita que alguna vez les fuera ofrecida y que se negaran a aceptar. Es una situación trivalente la que suele presentarse entre los seres humanos, si por una parte vuestro espíritu deseara siempre está de alcanzar ese progreso a que aspira, puesto que será la meta anhelada en la que pone sus más caros anhelos, por otra parte, la carne tiende siempre a dispersarse y a ser atraída por la banalidad, tal como un pequeño niño quien llevasen a una juguetería y se encuentra tan maravillado, que en esos instantes es por demás hablarle de cualquier situación que le aparte del encantamiento, que significa engolosinarse con lo que sus pupilas tienen ante sí; en tercer término de orden por supuesto, mas no de importancia está vuestra alma; ésta se recupera de las vicinidades a que la conduce la carne, refugiándose en el sentimiento noble y puro para lo que fue creada, en esa sensación de tibieza emocional que experimentáis cuando la calma invade vuestros corazones, cuando después de laborar y en aras del deber cumplido, dais una tregua a vuestra materia para resarciros de todo ese cansancio material que hace presa de vuestro cuerpo y le impone el decaimiento físico; cuando en fin, traéis a vuestra mente los acontecimientos vívidos durante el alba y tratáis de reflexionar en ello, cuando os sentís satisfechos por lo realizado o por una actitud generosa en vuestro diario acontecer; entonces que el alma se refugia como en un letargo, pero éste santificado por la esencia del espíritu, siempre presto a apoyaron en las buenas causas y así, unidos en una verdadera comunión, podéis marchar por el mundo de los sueños o por el camino de la verdadera concientización de vuestros actos. Es así, mis hermanos benditos, que no se pretende enfocar en vosotros la idea, de que la materia sea únicamente activo de imperfecciones en vuestro proyecto espiritual grandioso y bello, no, porque la materia es algo dócil y hermoso estuche que mi Padre os proporciona para desempeñaros mejor en vuestro campo material, es solamente que como se os ha dicho, esa vestidura temporal, a vosotros corresponde el mantenerla incólume y de vosotros depende también, el entregarla a la madre naturaleza lo más limpia posible, no sólo en el sentido físico que os compete, sino como aquel instrumento de labranza que una vez que ha cumplido su cometido, debe guardarse con la limpieza y el cuidado que requiere su perecedera estructura. Ved entonces qué importancia tiene para vosotros, sortales como sois, el guardar siempre el equilibrio necesario entre estas tres delicadas estructuras de que estáis dotados, pues el equilibrio es armonía y la armonía es acorde siempre, con todo aquello que representa el elemento adecuado para ser practicado y reintegrado a la esencia de Dios.

SAMUEL